

Vamos a ganarles la partida

Pedro González

Relaciones internacionales

FE CCOO

LA DEMOCRACIA y el Estado de bienestar se basan en la puesta en práctica de lo que se conoce como economía social y de mercado. Es un contrato entre los factores de la producción que se establece para garantizar la paz social. Es de mercado en tanto en cuanto aplica los principios del capitalismo y del liberalismo económico, con las reglas del mercado. Es social porque se modera con el pacto de la redistribución de la riqueza y reductor de desigualdades que está sostenido bajo la concertación social y la negociación colectiva, basado en el pago de impuestos al estado, que redistribuye y reequilibra.

Así vienen funcionando los países democráticos (más numerosos cada vez) desde la Segunda Guerra Mundial y, sobre todo, tras la caída del Muro de Berlín. Sin embargo, una vez terminada la “bipolaridad” política en el mundo, asistimos a la ruptura unilateral del pacto social que tan buen resultado ha dado en los países desarrollados respecto al cumplimiento de sus objetivos de estabilidad social y crecimiento económico.

Esto se agrava con la globalización mundial que permite aplicar las recetas económicas de mercado en cualquier lugar del planeta, sin el recorrido paralelo en cuanto a lo social. De este modo en muchos países emergentes se aplican las teorías del neoliberalismo al mismo tiempo que se sufre un retroceso generalizado, salvo honrosas y contadas excepciones, en cuanto a los beneficios del Estado del bienestar que son el exponente del respeto a los derechos humanos y a la capacidad de participación en el poder de los ciudadanos y ciudadanas, de los trabajadores y trabajadoras.

En concreto, en España se está produciendo un desmantelamiento del Estado de bienestar que ni siquiera se había generalizado, y un ataque extremo contra los instrumentos de que se había dotado la sociedad para la participación y el control de la ciudadanía tanto de los poderes económicos como de las instituciones del estado. A fin de cuentas esto es un ataque generalizado contra la democracia, no nos engañemos.

Vemos cómo el partido que soporta al gobierno mintió descaradamente a la ciudadanía con un programa electoral que preconizaba las medidas opuestas a las que está poniendo en marcha. Vemos cómo se burla el desarrollo del funcionamiento del sistema parlamentario poniendo en marcha mecanismos y triquiñuelas impropias de un sistema democrático, legislando mediante reales decretos leyes, que más bien se pudieran identificar con un estado de excepción, aunque no declarado.

Pero, desde mi punto de vista, lo peor de todo es el ataque a los sindicatos, a las herramientas de los trabajadores y trabajadoras para participar en la economía y en el estado. Han echado abajo la concertación social, han liquidado la negociación colectiva, han recortado los derechos y recursos de las organizaciones sindicales y, en el paroxismo de la locura neoliberal/fascista, están comenzando a calentar el ambiente respecto al recorte de los derechos de manifestación, huelga, reunión, etc. Si a esto unimos que muchos trabajadores y trabajadoras por ser inmigrantes no tienen derecho al voto y que a las mujeres se les sustraen los avances legislativos y sociales, podemos hacernos una idea clara del panorama al que nos enfrentamos. Educación, sanidad y dependencia han retrocedido a niveles de antes de la democracia.

Por otra parte, el movimiento ciudadano está reaccionando en la calle; los sindicatos estamos aglutinando y participando con nuestra capacidad organizativa y tomando la iniciativa en cuanto a la solidaridad y el internacionalismo.